

bajador francés en Berlin, Lefebvre de Behaine; pero Thile, sustituto interino de Bismarck en ausencia de éste, no quiso entrar en discusión sobre ella, diciendo que la paz de Praga se había hecho exclusivamente entre Prusia y Austria; y advirtió al embajador de Dinamarca que toda amenaza extranjera tendría por único resultado perjudicar los intereses de Dinamarca. Moustier desistió entonces de su empeño y declaró al gobierno prusiano que sentiría vivamente que la Prusia diera un sentido equivocado á sus observaciones y que podía estar convencida de que la Francia de ningún modo heriría la sensibilidad de un gobierno vecino y amigo. En Berlin se dió poca importancia á estas seguridades, y en efecto, un viaje que hizo pocas semanas despues el ministro de Comercio de Francia, Béhic, á Copenhague, dió á conocer suficientemente que el gobierno francés no había renunciado sino en apariencia á sus propósitos. Así lo probaron todavía mas las fiestas de fraternización que con expansión ostentosa celebraron algunos diputados y periodistas franceses en la capital de Dinamarca, y también lo confirmó la paralización de las negociaciones que había vuelto á emprender la Dinamarca en marzo de 1868. La Prusia había fijado en doce puntos las garantías que pedía en cambio de la cesión del territorio hasta la bahía de Gjenne; pero Dinamarca no solamente no aceptó los doce puntos, sino que pretendió todo el territorio hasta el Fohrde de Flensburg, con inclusión de Duppel y Alsen. Quedando así nuevamente probado que las pretensiones de ambas partes eran irreconciliables, el ministro de Marina dinamarqués, Raasloff, emprendió un viaje á Paris, que llamó tanto mas la atención cuanto que lo hizo acompañado de algunos oficiales del ejército, y apenas regresó á Copenhague volvió otra vez á la capital de Francia en compañía de oficiales de marina. Entretanto había llegado á Berlin el príncipe Napoleon para hacer una visita á aquella corte, donde permaneció diez días, y donde volvió á poner sobre el tapete las exigencias territoriales francesas y en particular el deseo de apoderarse de Bélgica; pero no encontrando acogida tales pretensiones, las negociaciones entre Paris y Copenhague no podían ser consideradas sino como amenazas, tanto mas cuanto que la prensa francesa volvió á desahogar su mal humor en artículos violentos; y en un folleto oficioso, al exponer que la situación política según la expresión del mismo emperador no era ni la paz con su seguridad ni la guerra con sus buenas consecuencias, se aseguraba que era necesario que concluyera tal situación y que se conquistara la paz por medio de la guerra.

Las relaciones entre el gobierno francés y el destronado rey de Hanover indicaron también por aquel tiempo que en las Tullerías prevalecía una corriente belicosa, y así lo demostró la legión hanoveriana que el rey destronado había reunido en tiempo del conflicto de Luxemburgo en Holanda para organizarla allí militarmente, por lo cual el gobierno de Prusia le consideró como enemigo declarado. A pesar de esto el mismo gobierno prusiano procuró, mediante cierta cantidad de dinero, que reconociera el nuevo estado de cosas ó á lo menos renunciara á su conducta hostil. Con este fin se había firmado un tratado en setiembre de 1867, y en el tiempo de que hablamos, el 1.º de febrero de 1868, fué ratificado por el parlamento prusiano á instancias de Bismarck. El rey de Hanover desposeído respondió á esta conducta de Prusia insistiendo mas y mas en sus intenciones hostiles y proponiéndose emplear la suma concedida por Prusia para su legión hanoveriana. Esta había tenido que salir de Holanda de resultas de las reclamaciones de Prusia, y se había trasladado á Suiza. Pero como también allí se le opusieron dificultades, el destronado rey consiguió de Napoleon el

permiso de trasladar su legión á Francia, adonde llegaron sus individuos con pasaportes austríacos en febrero de 1868. Un agente del ex-rey de Hanover se cuidó de las negociaciones en Paris con el gobierno francés, y para atraerse á la opinión pública á favor del suprimido reino de Hanover tuvo hasta un periódico, *La Situation*. Nada de esto tenía importancia ninguna en realidad, pues la legión no pasó nunca de 1,400 individuos, pero como síntoma no dejaba de ser importante. La Prusia suspendió desde el 2 de marzo de 1868 el pago de las sumas destinadas al rey desposeído, y en enero de 1869 embargó todo el capital; pero esto no impidió á la corte de Hanover continuar sus intrigas hostiles y antipatrióticas, á lo cual la animaba la continua tirantez de la situación europea, que particularmente en el verano y el otoño de 1868, con motivo de los sucesos de Oriente, llegó á tomar un carácter peligroso. En efecto, por una parte los cretenses sublevados, socorridos abiertamente por la Grecia, se mantenían en armas; por otra parte Kara Georgewitz, el príncipe expulsado de Servia, se esforzaba por recuperar el trono, y organizó el atentado contra el príncipe Milano Obrenowitz, que fué asesinado en 10 de junio de 1868 en el jardín de su palacio; y finalmente estalló en la Bulgaria una sublevación, que fué sofocada pronto por Midhat-Bajá, pero que dió un pretexto de queja contra la Rumanía porque había permitido la entrada en su territorio á turbas armadas de sublevados, de lo cual se culpó también en parte á la Prusia. Algunos meses despues el mismo Bismarck declaró en la cámara de diputados que la paz se había visto amenazada, y el rey Guillermo, en una alocución que pronunció en Kiel el 14 de setiembre, dijo que un soberano á pesar del mayor amor á la paz, no podía eludir en circunstancias dadas la responsabilidad de una guerra. Estas frases fueron consideradas con razon como indicio de una situación muy grave. Solo cuando el ministerio Bratiano dimitió á fines de noviembre de 1868 y fué reemplazado por un ministerio decididamente pacífico, se aplacaron los temores de guerra, y entonces, por los esfuerzos unidos de las grandes potencias, que á propuesta de la Prusia se reunieron en conferencia en Paris en enero de 1869, se zanjó la cuestión de Creta y se obligó al rey de Grecia á cambiar su ministerio belicoso.

La resolución de estas complicaciones no produjo sin embargo en los ánimos mas que una tranquilidad pasajera, porque las últimas causas principales de temor, el antagonismo y la desconfianza entre la Francia y la Prusia, continuaron como debían continuar mientras la opinión pública en Francia no reconociese sin reserva el nuevo estado de cosas en Alemania y renunciara á toda oposición á la unión de los Estados del Mediodía con la confederación del Norte. Acaso Napoleon había podido conseguir que la opinión pública comprendiese esta verdad si él mismo hubiese profesado semejante política pública y francamente, conforme se lo aconsejaron Rothan en mayo de 1867 y Ollivier; mas para esto no tuvo energía, porque temía facilitar á sus adversarios en el interior nuevas armas contra el imperio. La consecuencia inevitable de esto fué el aumento de la desconfianza y de la suspicacia por ambos lados. En Francia se miraba la política de Bismarck como modelo de arteria y de intriga, y muchos tenían por seguro que el canciller alemán se había propuesto la conquista de la Alsacia y la Lorena; pues cuando Moltke recorrió en abril de 1868 la frontera le siguió á cada paso un agente francés, el capitán Samuel, que informó por telégrafo al ministro de la Guerra de todo cuanto hacia el general alemán. Por su parte el general Ducrot llegó á decir que el jefe del estado mayor alemán había dicho á un funcionario badense que no pasaría mucho tiempo sin que

la Alsacia y Baden estuviesen reunidos en un solo país que sería el mejor del mundo. Añadía Ducrot: «Vivo en continua exacerbación, pues siento el furor de un hombre que quiere salvar á otro que se ahoga y que con su oposición expone á su salvador á ahogarse con él;» que había hablado hacia poco con la condesa de Pourtalés (1); que ésta siempre había profesado un optimismo indestructible, y que había admirado todo cuanto hacían el rey Guillermo y Bismarck; y que sin embargo á la sazón había regresado de Berlin con el corazón destrozado, convencida de que la guerra era ya inevitable; que la Prusia estaba perfectamente preparada, bien dirigida y segura de su triunfo; que á la Francia se la engañaba inicuamente; que en Prusia se esperaba sorprenderla indefensa; que en público se alababan las buenas relaciones entre los dos países, pero á solas los alemanes se burlaban del emperador Napoleon, de la emperatriz, del ejército francés, de la guardia móvil, del gobierno y del ministerio, y se profetizaba que la Francia dentro de poco sería otra España; y que el ministro de la casa real Schleinitz se atrevía á decir que la Alsacia sería dentro de año y medio prusiana. «Ahora sí que tengo la seguridad, había exclamado la condesa, de que nada, nada puede conjurar la guerra, ¡y qué guerra!» También Thiers, que en cuestiones de política extranjera era considerado por muchas personas como un oráculo, repetía incesantemente sus advertencias aconsejando guardarse de la ambición de la Prusia y hablaba de una alianza defensiva con Inglaterra, con la cual podrían defenderse todos los intereses amenazados sin amenazar á nadie. Decía que en seguida se agregarían á la alianza los Estados pequeños, la Bélgica, la Holanda, la Dinamarca, el Portugal y la Suiza, y que el Austria se decidiría también pronto. Solo una alianza como esta, añadía Thiers, podía asegurar la tranquilidad que la Europa tanto necesitaba (2). No ocurría á nadie que semejantes amenazas, á pesar de lo que se decía en contra, ni que las tentativas de la Francia para conseguir las alianzas que tanto ensalzaba, fuesen para Alemania un peligro constante, porque los franceses rara vez han tenido la imparcialidad de preguntarse, como Merimee, si entraba en el interés de la Francia ó á lo menos si era compatible con un sano criterio amenazar siempre mientras el propio país se hallara tan dividido (3). Entre los consejeros inteligentes figuraba también el agregado militar de la embajada francesa en Berlin, el coronel Stoffel, que por un lado hizo resaltar la fuerza formidable del ejército alemán, y por otro lado proclamó las intenciones pacíficas de Bismarck. En 20 de noviembre de 1868 despues de una entrevista con Bleichroder, que había pasado ocho días con Bismarck en Varzin, comunicó á su gobierno que el canciller deseaba mas vivamente que nunca la paz; que no pensaba acelerar la entrada del Sur en la confederación del Norte, porque estaba convencido de que esta entrada se efectuaría por sí sola; pero que en cambio le interesaba hacer desaparecer los temores de guerra, para lo cual era en su opinión el mejor medio una entrevista de Napoleon con el rey Guillermo, y por lo demás, Bismarck no tendría inconveniente en obligarse por escrito á no emprender nada respecto de la Alemania del Sur. Stoffel en su co-

municación manifestó la duda de si lo dicho por Bleichroder serían solo observaciones personales de éste; pero de todos modos consideraba positivo el proyecto de una entrevista, y también creía por su parte que en ella se podría suavizar mejor que de otro modo la antipatía general que prevalecía en Alemania contra la Francia (4).

Semejante entrevista no tuvo efecto; Napoleon quedó deudor de la visita, y no tardó la prensa en tomar de nuevo su actitud inquieta. La expulsión de la reina Isabel de España en setiembre de 1868 dió otra vez abundante motivo á los periódicos franceses para acusar á la política de Bismarck de sembrar en todas partes el descontento. Aquel acontecimiento fué evidentemente para Napoleon un golpe muy sensible; porque no solamente había contado en general con el auxilio de la reina expulsada, sino que había pensado encomendarle la misión de guardar á Roma contra la Italia, para lo cual la reina Isabel se había mostrado muy propicia. Justamente en aquellos días en que la revolución la destronó estaba en San Sebastian y había dispuesto hacer una visita en Biarritz á la familia imperial de Francia, en cuya ocasión debían hacerse algunos arreglos políticos bastante decisivos; y en la destrucción de estas esperanzas encontraron los franceses motivo para acusar á la política artera de Prusia de haber provocado el pronunciamiento de los generales españoles.

También se creyó ver en Bélgica como en España la influencia enemiga de la Prusia. Desde la primavera de 1868 la compañía francesa del ferro-carril del Este había empezado á adquirir líneas férreas del Luxemburgo y de Bélgica. La adquisición de la línea de Guillermo en el Luxemburgo y de un ramal á Spa había sido la primera operación de esta clase y no había suscitado objeciones; pero cuando se divulgaron en otoño las negociaciones entabladas con diferentes líneas principales de Bélgica y de Holanda, diciéndose que el gobierno francés quería garantizar al ferro-carril del Este el cuatro y medio por ciento de interés para estas líneas, no pudo menos de sospecharse en Bélgica que había motivos políticos en el fondo de estos proyectos de adquisiciones de líneas férreas y que se trataba evidentemente de reducir la Bélgica á la dependencia de Francia en el terreno económico y obligarla al fin á una unión aduanera con la Francia. También podía adquirir grandísima importancia la posesión de estos ferro-carriles en concepto militar, pues que ofrecían la posibilidad de arrojar rápidamente una parte del ejército francés sobre el flanco derecho de la Prusia y convertir así la Bélgica neutral en teatro de la guerra. En vista de estos peligros el ministerio belga declaró que no reconocería la venta de las líneas, y cuando á pesar de esto se efectuó en enero de 1869, las cámaras belgas aprobaron una ley según la cual sería nulo todo cambio de propiedad que se hiciera sin consentimiento del gobierno. Esto suscitó una indignación formidable en la prensa parisiense, que se dirigía igualmente contra la Bélgica y contra la Prusia. Diplomáticamente solo podía el gobierno francés reclamar contra la Bélgica, y el embajador francés en Bruselas, La-Guerroniere, recibió por lo mismo el encargo de pedir el nombramiento de una comisión franco-belga que debía examinar las objeciones contra la venta de los ferro-carriles. El presidente del ministerio belga, que era entonces justamente liberal (Frere-Orban), no admitió tampoco esta pretensión, sino que en las negociaciones que durante algunas semanas se siguieron en Paris, en el mes de abril de 1869 insistió en que la tal comisión se ocupara únicamente en el estudio de las facilidades de explotación en las líneas belgas, según estaba convenido. Con

(1) *Papiers secrets*, pág. 128. La condesa de Pourtalés era hija del baron de Renouard de Bussiéres, que vivía en el castillo de Robertson en Alsacia.

(2) Discurso del 14 de marzo de 1867.

(3) Carta á Panizzi del 4 de abril de 1867, tomo II, pág. 279. «Este asunto del Luxemburgo me parece á mí una gran necesidad y un gran peligro. El país no vale un ardite, pero se dice que es una posición estratégica amenazadora antes para la Francia, y amenazadora si estuviese en nuestro poder para la Bélgica y la Prusia. ¿Es obrar según aconsejan nuestro interés y el buen criterio amenazar en el estado de división en que nos hallamos?»

(4) *Papiers secrets*, pág. 131.

esto quedó zanjada la parte política de la cuestión, y el único resultado positivo, pero inocente, que consiguió de la comisión el ferro-carril del Este al cabo de algunos meses de negociaciones, fué que pudo enviar trenes directos con su personal propio de explotación al través de la Bélgica con destino á Amberes y Rotterdam. Con esto quedó en Francia el disgusto roedor de pensar que en último término la diplomacia prusiana, sin cuyo apoyo la Bélgica no se habría atrevido á oponerse á las exigencias francesas, había frustrado una combinación cuyo objeto definitivo era dar un gran paso para la incorporación final de la Bélgica.

Durante este tiempo se llevaron en el mas profundo secreto negociaciones para una triple alianza entre la Francia por un lado y el Austria y la Italia por otro. Respecto del Austria había iniciado Napoleon el asunto en julio de 1868 proponiendo por conducto del príncipe de Metternich al conde Beust dirigir una especie de interpelación á la Prusia (1), con motivo de las tentativas cada vez mas visibles que se hacían para traspasar la línea del Mein. Beust manifestó que éste sería el mejor medio de encontrar partidarios en la Alemania del Sur para la union con la confederación del Norte y por lo mismo recomendó en cambio que Napoleon se declarara en Berlin dispuesto á no realizar la nueva organización militar siempre que la Prusia hiciera una declaración satisfactoria respecto del mantenimiento de la paz de Praga. Estando persuadido el ministro austriaco de que Bismarck ni podría ni querría hacer semejante declaración, pensaba que la Francia adquiriría con esto el derecho de presentarse como guardadora de la línea del Mein. De esta manera habría sido inevitable el conflicto; pero Napoleon no quiso adoptar este camino, diciendo que atendida la organización militar de la Prusia con sus reservas saldría él perdiendo, y por esto propuso «un cambio de ideas y de memorias» sobre una alianza franco-austro-italiana. Este cambio de ideas continuó todo un año hasta setiembre de 1869 (2) y en él solo estuvieron iniciados, además de los tres soberanos, Rouher, Beust, el príncipe de Metternich, los condes de Vitzthum y Vimercati y el príncipe Napoleon, quedando ignorante de todo, por deseo expreso del emperador, el embajador en Viena duque de Gramont. En el último momento fueron también iniciados en el secreto el marqués de Lavalette y el príncipe de la Tour d'Auvergne. Segun se aseguraba en Francia, la primera excitación procedió del rey de Italia, que de esta manera quiso apresurar la cuestión romana; porque molestaba la tirantez que existía entre su gobierno y el francés desde la nueva ocupación de Roma. Por otra parte se notaba en la población de Italia una corriente cada vez mas fuerte á favor de una alianza con la Prusia (3), y la asistencia del príncipe heredero de Prusia á las solemnidades de las bodas del príncipe heredero de Italia, en abril de 1868, dió lugar á vivas manifestaciones de simpatía en favor del príncipe prusiano, mientras que el príncipe Napoleon fué recibido hasta con frialdad. En julio Lamármora, acaso con anuencia del rey, se había valido de algunos pasajes de la obra del estado mayor prusiano sobre la guerra de 1866 para lanzar en la cámara sus quejas contra la Pru-

(1) Beust, tomo II, pág. 340.

(2) Así lo dice Beust en su comunicación á Andrassy del 28 de abril de 1874; pero el príncipe Napoleon da como fecha el mes de junio en la *Revista de Ambos Mundos* del año 1878, del 15 de abril, página 492.

(3) Esta tendencia se notó especialmente en el partido republicano, y Mazzini declaró entonces que una alianza de Italia con Francia contra la Prusia sería un crimen «que á nuestra joven bandera imprimiría una mancha indeleble.» Véase Mazzini: *Venezia e Roma*, Roma, 1875, pág. 59.

sia y arrojar una nueva manzana de discordia entre el Austria y la Prusia con la publicación del despacho de Usedom del 17 de junio de 1866. No obstante la diplomacia oficial italiana observó una actitud intachable, desaprobó el proceder de Lamármora y conservó la buena armonía con la confederación del Norte de Alemania. Por esta misma razón el rey de Italia no quiso iniciar á ninguno de sus ministros en el secreto, cuando empezó la mencionada correspondencia con Napoleon, y las muchas cartas que durante los meses inmediatos se cruzaron entre Paris, Florencia y Viena, no tuvieron ningun carácter oficial. El resultado de estas largas discusiones fué reunido en Paris en un proyecto de alianza segun el cual se obligaron los tres soberanos á proceder de comun acuerdo en todas las cuestiones políticas. Entonces fué menester iniciar en el secreto al ministerio italiano y esto puso en primer término la dificultad que ofrecía la cuestión de Roma (4). Menabrea declaró que era menester presentar en el tratado una solución para la cuestión romana si se quería que Italia firmara la alianza; el Austria apoyó esta exigencia; pero Napoleon, después de nuevas negociaciones, se negó á adquirir ningun compromiso en este concepto, y finalmente hizo declarar en Florencia y Viena por Lavalette que se reservaba volver en tiempo oportuno diplomáticamente sobre este asunto, pero que por lo pronto proponía el canje de cartas autógrafas de los tres monarcas en las cuales se prometiera en términos generales el auxilio mutuo. En setiembre de 1869 se cambiaron estas cartas autógrafas, con lo cual creyó Napoleon tener la seguridad suficiente de que al estallar una guerra bastarían pocos días para conseguir tratados definitivos: ilusión funesta é injustificable, aun admitiendo las expresiones de confianza que dicen usaron Metternich y Nigra, y á la cual hay que atribuir que la Francia se arrojará á la guerra tan ligeramente.

CAPITULO XVII

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA ALEMANA

Las complicaciones que después de tantas crisis felizmente vencidas promovieron al fin la guerra, se habían ido formando muy paulatinamente desde febrero de 1869. En la suposición de que los partidos monárquicos de España triunfarian sobre los republicanos en la discusión de la constitución, el general Prim, inmediatamente después de la expulsión de la reina Isabel había entablado relaciones con varias cortes, en particular con las de Italia y de Portugal, buscando un rey para su país; y habiendo encontrado este propósito grandes dificultades, aceptó con mucha diligencia la proposición que le hizo entonces un miembro de las cortes, Salazar y Mazarredo, para que recomendara como candidato al trono de España al príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, hermano del príncipe Carlos de Rumanía. Como este príncipe era pariente del emperador Napoleon por su madre, se podía suponer que el gobierno francés aprobaría su elección con la misma facilidad que se esperaba hallar de parte de la Prusia. A fines de marzo se entablaron las primeras negociaciones. El antiguo embajador de España en Berlin, Rancés y Villanueva (5), pasó desde Viena

(4) Esto fué probablemente á mediados de marzo de 1869, fecha en que Usedom comunicó á Berlin que existía una negociación secreta entre la Italia y la Francia, y que no era extraña al asunto el Austria. Benedetti: *Ma mission*, pág. 312.

(5) Se decía de él en Paris que había sido el intermedio por el cual Bismarck había logrado la caída de Isabel, y que nombrado gobernador de Cádiz había recibido allí los subsidios enviados desde Berlin. Véase *La Indépendance Belge* del 6 de julio de 1870, correspondencia de Paris.

por algunos días á la capital de Prusia para ponerse en contacto con aquel gobierno, y tuvo una audiencia con el rey y dos conferencias con Bismarck (1), pero sin encontrar al parecer la disposición que había esperado. A pesar del secreto y de su seguridad de que la elección se decidiría primero en favor del rey Fernando de Portugal, del cual se admitía como seguro que no aceptaría, y de que por lo mismo se elegiría en segundo lugar al duque de Montpensier, despertó las sospechas del embajador francés en Berlin, Benedetti, que en 31 de marzo se dirigió solicitando explicaciones á Thile, sustituto interino de Bismarck. Este le aseguró bajo palabra de honor que no tenía la menor noticia de la candidatura de Leopoldo, lo cual tranquilizó á Benedetti, si bien al escribir á Paris hizo notar que el secretario de Estado Thile no estaba siempre enterado de las intenciones de Bismarck (2). En una visita que hizo poco después á Paris habló de esto con el emperador personalmente y recibió el encargo de no perder de vista este asunto, diciéndole Napoleon que la candidatura de Montpensier estaba dirigida únicamente contra su dinastía, pero que la del príncipe de Hohenzollern iba dirigida contra la nación francesa, y si él podía conformarse con la primera, debía impedir la segunda de todas maneras (3), porque el país no se conformaría con ella. De regreso á su puesto, Benedetti se dirigió personalmente á Bismarck y pudo comunicar el 11 de mayo de 1869 á Paris que el presidente del consejo de ministros no había rehuído la conferencia y le había afirmado que el rey de seguro no recomendaría al príncipe la aceptación de la corona, aunque las cortes le eligieran positivamente, y tampoco el anciano príncipe de Hohenzollern animaría á su hijo á aceptarla porque la subida de su hijo mayor al trono de Rumanía le había impuesto gravísimos sacrificios pecuniarios. Añadió Benedetti que Bismarck reconocía también que el príncipe para aceptar la corona de España necesitaba el consentimiento del rey, pero que no aseguraba que este consentimiento le fuese negado en absoluto; que Bismarck había mencionado también al príncipe Federico Carlos, diciendo que éste había mostrado igualmente ganas de aceptar la aventura española; pero que se lo vedaba su religión protestante y por lo demás jamás se había visto en el caso de mostrar aptitudes políticas. Todo bien mirado, pareció á Benedetti que Bismarck deseaba igualmente eludir todo compromiso en caso de elección y servirse de esta contingencia para intimidar á Francia. El embajador francés, en vista de sus instrucciones, no creyó prudente importunar mas á Bismarck y su ministro aprobó esta conducta.

No la modificó la publicación de un folleto de Salazar en octubre de 1869 para recomendar la candidatura de Leopoldo. No se sabe hasta dónde se tuvo noticia en Paris de la continuación de estas negociaciones, y es posible que aquel folleto fuese debido á una excitación de Napoleon, si es verdad que el emperador dijo á Prim, que á la sazón se hallaba en Paris: «¿Por qué no piensan ustedes en el príncipe de Hohenzollern, que es pariente mio (4)?» También omitió Napoleon protestar en Madrid cuando Drouyn de Lhuys le llamó nuevamente la atención en 17 de noviembre de 1869 sobre la candidatura de Leopoldo. Quizás contó Napoleon que la Prusia recibiría un chasco negándose las cortes á votar al príncipe, y quién sabe si pensaba de veras en valerse

(1) Benedetti: *Ma mission en Prusse*, pág. 303. Despacho del 27 de marzo de 1869.

(2) Benedetti: *Ma mission*, págs. 303 y 306.

(3) Benedetti: *Ma mission*, pág. 307.

(4) Randon, tomo II, pág. 306. No es sin embargo Randon quien da esta noticia, sino el editor de sus memorias, y este dato es tan inverosímil que solo lo citamos aquí para que no se nos acuse de omisión.

de su elección eventual como pretexto de guerra. No obstante por lo pronto pareció que este asunto desaparecía de la escena política; porque después de haber enviado el príncipe por dos veces á una persona de su confianza á Madrid para examinar la situación, se decidió á renunciar á su candidatura. Prim no se desanimó por esto y Salazar desplegó nuevamente una actividad infatigable como agente (5). Tampoco se sabe si Prim tenía correspondencia con Bismarck sobre este asunto, conforme indican Enrique Martin (tomo VII, página 49) y Gramont (pág. 20). Salazar pasó cuatro ó cinco veces á Sigmaringen, de donde llevó á Madrid sucesivamente noticias mas favorables (6). Un embajador extraordinario que Prim envió con una carta al rey Guillermo no fué reci-



El príncipe Leopoldo de Hohenzollern (segun fotografia)

bido por éste, pero se enteró de todo Bismarck (7). De todos modos la diplomacia no ignoraba estas negociaciones, pues el embajador inglés en Madrid, Layard, comunicó á su gobierno en mayo de 1870 noticias relativas á este asunto, y el mismo Prim en 11 de junio manifestó á las cortes que creía estar seguro de tener un candidato apropiado si bien no podía nombrarle todavía. Antes de dar á conocer el nombre del príncipe de Hohenzollern, debía éste obtener la aprobación del rey de Prusia como jefe de la familia. El rey, sin negar su aprobación, aconsejó la no aceptación de la candidatura, y solo después de repetidas instancias de Leopoldo, declaró en 28 de junio que no se opondría á sus deseos.

Tan pronto como Prim recibió esta noticia la comunicó en 2 de julio al embajador francés en Madrid, Mercier de Lostende, y le suplicó que cooperase á que el emperador francés no se mostrara muy descontento. A pesar de este temor, estaba decidido á sostener la candidatura de Leopoldo, y sin esperar la impresión que causaría en Paris, celebró un consejo de ministros presidido por el regente, general Serrano, en la Granja el 4 de julio, en el cual se decidió ofi-

(5) El embajador de España en Berlin aseguró mas tarde que el príncipe había admitido la candidatura ya en marzo. Gramont: *La France et la Prusse*, pág. 365.

(6) Se cita también como agente á Guerrero, amigo de Prim. *Indépendance Belge* del 7 de julio de 1870, correspondencia de Paris.

(7) Benedetti, pág. 331.